

—¿Acaso se sublevar alguna vez?—preguntó Francisco Gaspar—. Yo los creía tan embrutecidos...

—No todos lo están... Sí, hemos tenido algunos motines, pero nunca han sido cosa grave.

—¿Son muchos?—interrogó Raimundo.

—Forman las dos terceras partes de la población—respondió María Teresa—. Pero no son más capaces de sublevarse seriamente que de trabajar. La aventura de García es lo que los ha alborotado un poco. Hacía mucho tiempo que estábamos tranquilos. ¿Qué dice el presidente?—preguntó la joven a su padre.

—El presidente no está muy apurado; según parece, esta efervescencia se reproduce cada diez años.

—¿Por qué cada diez años?—preguntó el tío Gaspar, que había sacado su librito de memorias.

—Porque cada diez años los indios quichúas celebran con mayor solemnidad la fiesta del Sol—replicó, inclinando la cabeza, la anciana Irene.

—¿Y en dónde se celebra esta fiesta?—interrogó Raimundo.

—¡Ah! no se sabe a punto fijo—replicó la tía Irene a media voz, como si fuese a confiar a sus oyentes un gran secreto—. Según parece, en esta fiesta llevan a cabo numerosos sacrificios... Las cenizas de las víctimas las arrojan a los arroyos, que de esta suerte arrastran en su carrera los pecados de toda la nación...

—¡Admirable!—exclamó Francisco Gaspar—. ¡Me gustaría asistir a esa fiesta!

—¡Calle usted!—gimió la tía inclinando la cabeza sobre su plato—. En esa fiesta decenal del sol, hay sacrificios humanos...

—¡Sacrificios humanos!...

—¿Pero usted hace caso de mi tía?—exclamó riendo María Teresa.

—¡Ya lo creo!—protestó el tío—. ¿Y por qué no hemos de creerla? En las fiestas del sol, entre los incas, esos sacrificios eran cosa corriente, y mis notas y documentos, las obras de Prescott y todo lo que se ha escrito sobre el Perú, nos demuestran que los indios quichúas, así como han conservado el antiguo lenguaje, conservan aún las costumbres de otros tiempos.

—¡Pero si se convirtieron al catolicismo después de la conquista española!—observó Raimundo.

—¡Oh, lo que es eso declaro que no es para ellos un obstáculo!—dijo el marqués—. ¡Tienen dos religiones en vez de una, y mezclan los ritos con una inconsciencia estúpida!...

—Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Restablecer el imperio de los incas?

—¿Acaso saben lo que quieren?—replicó María Teresa—. Antes de la conquista española, bajo el imperio de los incas, todos, hombres, mujeres y niños, tenían la obligación de trabajar con arreglo a las fuerzas y facultades de cada uno. Desde que no está sujeto a la inflexible disciplina de los hijos del sol, el indio no se ha aprovechado de su libertad sino para entregarse a la pereza. De ahí su miseria y una esclavitud material que

le hacen recordar la prosperidad de otros tiempos y clamar solapadamente por el restablecimiento del imperio de los descendientes de Manco Capac. Por lo menos eso es lo que he creído comprender de las explicaciones de Huáscar, al cual le respondí que si volviesen aquellos tiempos, sus hermanos no serían más dichosos que ahora, porque han perdido el hábito del trabajo. Por lo que a mí respecta, me alegro muchísimo de haberme desembarazado de la cuadrilla de Huáscar... Me ha costado un chino...; pero no me ha salido caro...

—¿Y es verdad que aún hacen sacrificios humanos?—insistió Raimundo.

—¡No! ¡Qué tontería!—replicó María Teresa.

La tía Inés y la anciana Irene acapararon al tío Francisco Gaspar.

—¡María Teresa no sabe!... ¡Se ha educado en París!... No puede saber... ¡Monsieur Ozoux, escúchenos usted!... No hay por qué reír... hace mal en reírse de esa manera... Porque estamos completamente seguras, ¿lo oye usted?, completamente seguras (¡bastantes pruebas tenemos, señor!) de “que cada diez años (así era como medían el tiempo los incas), cada diez años los indios quichúas ofrecen una esposa al Sol!...”

—¿Cómo que le ofrecen una esposa?—preguntó el tío, que ya ni respiraba.

—Sí, monsieur Ozoux... Le sacrifican una muchacha en secreto, en templos que datan de aquella época, en los que jamás ha penetrado el extranjero...; ¡es horrible, pero cierto!...

—¿Sacrifican una muchacha? ¡La matan!

—¡Sí! ¡La matan! ¡Como “es” para el Sol!...

—¿Cómo la matan!... ¿La queman?

—¡No, no!... ¡De una manera más horrible aún, monsieur Ozoux, sí, más horrible!... La hoguera la dejan para ceremonias mucho menos importantes. Pero en la ceremonia decenal del “Interaymi” ofrecen al Sol una virgen enemiga, la más bella que pueden encontrar y la más noble de la raza enemiga, y “la emparedan viva en el templo del Sol” ¡Sí, monsieur Ozoux... como se lo decimos a usted!

María Teresa no podía contener la risa al ver el asombro de Francisco Gaspar. Este dirigió una mirada de niño rencoroso a quien privan de una diversión. Creyóse obligado nuevamente a defender a las dos ancianas. En todo caso, lo que decían concordaba perfectamente con lo que se sabía acerca de las vírgenes del Sol. Y juzgó la ocasión excelente para lucir su erudición. Los sacrificios humanos se habían practicado siempre entre los incas. Ya ofrecían las víctimas al dios del día, ya al mismo rey, y muchas veces estas víctimas eran voluntarias. Que era lo que sucedía en la ceremonia de los funerales reales, en la que, al par que las lágrimas, corría la sangre por todas partes. En tales ocasiones todas las mujeres del Inca querían inmolarsé.

—Prescott, que en unión de Wiener—continuó el tío Francisco Gaspar—es el que ha escrito la obra más hermosa sobre el imperio de los incas y la conquista del Perú por los españoles, Prescott

nos dice, apoyándose en testimonios dignos de fe, que más de mil servidores, esposas y esclavas, eran sacrificadas de esta suerte sobre la tumba del monarca. Y las esposas legítimas eran las que daban el ejemplo, hiriéndose ellas mismas...

—¡Ah, qué locas!... ¡Ah, qué locas!...—exclamó la tía Inés cruzando las manos.

La anciana Irene se santiguó y murmuró una oración.

El marqués tomó la palabra para felicitar a Francisco Gaspar.

—Todo eso es exacto, mi querido huésped—le dijo—, y veo que nuestros trabajos de la Sociedad de Geografía y de Arqueología no le enseñarán a usted nada nuevo. Tanto mejor; así será más grata nuestra labor. Si usted quiere, mañana mismo, después de la recepción, le llevaré a las excavaciones que he practicado últimamente en los alrededores de Ancon, y allí podrá usted comprobar que al Inca le enterraban con sus útiles más preciosos y con sus mujeres, que debían seguirle a sus encantados palacios del Sol.

—¿Qué quiere decir eso de la “Virgen del Sol”?—interrogó Raimundo.

—Las Vírgenes del Sol—contestó Francisco Gaspar con infantil alegría—, “las elegidas”, como las llamaban, eran doncellas consagradas al servicio de la divinidad, a las que separaban de sus familias en edad temprana para recluirlas en conventos, en donde vivían bajo la dirección de ciertas matronas ya de edad, las “mamaco-

nas” (1) envejecidas entre los muros de aquellos monasterios. Estas maestras venerables instruían a las vírgenes consagradas en sus deberes religiosos. Se ocupaban en bordar y en hilar, y con la más hermosa lana de vicuña tejían tapices para los templos y telas para el Inca y para el ornato de su palacio (2).

—¡Oh!—murmuró la anciana Irene moviendo la cabeza—; su obligación consistía, sobre todo, en cuidar de la conservación del fuego sagrado que obtenían en la fiesta de Raymi.

—Sí, sí, ya lo sé—aprobó el académico—. Vivían completamente aisladas. Desde el momento en que entraban en el establecimiento, renunciaban a toda clase de relaciones, hasta a las relaciones con su familia y sus amigos. Sólo el Inca y la Coya, o reina, podían entrar en el recinto sagrado. Se vigilaban escrupulosamente sus costumbres y todos los años se nombraba un inspector para que estudiase la institución y diese su parecer sobre el estado de su disciplina.

—Y ¡ay de la desgraciada covicta de una intriga!—exclamó la tía Irene—. ¡Con arreglo a la severa ley de los incas, debía ser enterrada viva, y la ciudad o el pueblo a que pertenecía era completamente arrasado y “cubierto de piedras”,

(1) Ondegardo. Rel. Prim.

La palabra «mamacona» significa «matrona», «mamá», ya que la primera parte de esta palabra compuesta equivale a «madre». Véase también Garcilaso.

(2) Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista.

UNIVERSITY OF NEW LEON
BIBLIOTECA INSTITUTO
"ALEJANDRO DE LA SOTA"
1525-MONTERREY, MEXICO

como para borrar hasta el recuerdo de su existencia!...

—¡Eso es!—aprobó Francisco Gaspar.

—¡Delicioso país!—dijo Raimundo.

—¡Ah, hijo mío, esto prueba que estaba admirablemente civilizado, puesto que hasta en las ceremonias de sus templos encuentras las costumbres de la antigua Roma!... ¡Ah! Cuando Cristóbal Colón abordó a la costa en donde sólo vió salvajes desnudos y toscamente armados, no sospechó que tras de aquellas tribus primitivas, en la costa opuesta había todo un mundo con sus costumbres, sus monumentos, su historia, sus leyes y sus conquistas; dos pueblos: el de los aztecas, en Méjico, y el de los incas en el Perú, que hubiesen podido rivalizar con la civilización mediterránea. Es como si un príncipe de Oriente hubiese descubierto el mundo antiguo desembarcando en la Escitia. ¡Hubiera podido volverse a sus estados creyendo que no había visto más que un desierto, y sin sospechar siquiera que tras de aquel desierto estaba Roma!...

—De todos modos, hubiera dado muestras de ser un poco "corto de alcances"—insinuó tímidamente Raimundo—. El verdadero conquistador, antes de ver su conquista, la adivina...

—Esta gloria les estaba reservada a los Pizarro y a los Cortés—exclamó el vehemente marqués.

—¡Sí, vinieron a destruirlo todo!...—comentó el tío.

Afortunadamente Cristóbal no le oyó, y él se

interrumpió a tiempo. María Teresa, que estaba enfrente de él, le había dado un pisotón por debajo de la mesa. Comprendió y se mordió los labios. Uno de los primeros La Torre, antepasado del marqués, había acompañado a Pizarro en su "obra de destrucción".

Las dos ancianas le habían oído y mostraban algún asombro ante un juicio tan rotundo y tan poco "católico", sobre una empresa que a sus ojos había sido, ante todo, la lucha de la verdadera religión contra los infieles. Pero María Teresa vigilaba y obligó a las dos peruanas a reanudar inmediatamente sus cuentos de viejas.

—Todo eso es muy hermoso—dijo—; pero no prueba que esos sacrificios humanos existan en nuestros días.

—¡Ah, desgraciada, nadie duda más que tú!—exclamaron las dos ancianas al mismo tiempo.

—¿Quién los ha presenciado?

TRES MUCHACHAS EMPAREDADAS VIVAS

LA tía Inés movió la cabeza.
—Mira: en mi juventud tenía yo una criada quichúa, de las orillas del lago Titicaca, que me contaba cómo en el espacio de tres años había visto con sus propios ojos, en la fiesta decenal del “Interaymi”, emparedar vivas a tres muchachas de la ciudad.

—¿De qué ciudad?—preguntó Raimundo.

—¿De Lima!

—¡Se sabría!—exclamó Raimundo, a quien hacían mucha gracia las dos ancianas, y a quien María Teresa incitaba solapadamente para que las sacase de sus casillas.

—¡Pues se sabe, joven!—insistió la tía—. Sabemos perfectamente los nombres de las dos últimas muchachas emparedadas vivas en el templo del Sol, la una hace veinte años y la otra hace diez.

—¡Sí, sí, lo sabemos, lo sabemos!—repitió Cristóbal riendo.

Y la dueña repitió en voz más baja:

—¡No, no! ¡No hay por qué reirse!...

Pero Cristóbal reía cada vez de mejor gana.

—¡Lloremos a las pobres criaturas!—y fingió llorar—. ¡Arrebatadas al amor de sus padres, en la flor de su edad!...

—Hermano, ¿podrías decirnos cómo han desaparecido Amelia de Vargas y María Cristina Orellana?

—¡Sí, sí, que nos lo diga!—exclamó Irene.

—¡Ya pareció aquello!... ¡ya pareció!... ¡lo esperaba!—replicó el marqués.

—Te ruego que hables con formalidad, hermano. Tú conociste a Amelia de Vargas...

—La muchacha más linda de la Plaza Mayor. ¡De esto hace veinte años!... ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Sí, en efecto, desapareció hace veinte años!... ¡con un pariente suyo!...

—Anteayer oí decir que se trataba de un toreo—interrumpió María Teresa—. Según parece, esa historia se trae a colación cada diez años, cuando se acerca el "Interaymi"!

—Es una aventura que en sus tiempos alborotó toda la ciudad... Después de una tremolina en la plaza de toros, los padres de Amelia, que la acompañaban, buscaron inútilmente a su hija... Había desaparecido y no volvió a aparecer... Se la llevaron los indios y todo el mundo sabe perfectamente que la emparedaron viva...

—¡Oh, poder de la imaginación popular!... Lo que sucedió es lo que acabo de contar, porque el pariente de que antes he hablado y que la protegía, desapareció al mismo tiempo que ella. ¡Se fueron a vivir a otra parte!

—¡Eso lo dices por decir, hermano!... ¡Afortunadamente, aún nos queda María Cristina de Orellana!...

—¡Evidentemente!—replicó el marqués—. La aventura de ésta fué más triste...; se paseaba con su padre por los alrededores de Cuzco, y entró en los subterráneos cuyas revueltas nadie conoce. Y se perdió. ¿Hay cosa más natural? Entonces fué cuando el gobierno mandó tapiar los subterráneos (1).

—Sí, y desde entonces—prosiguió la tía—está loco su padre. Sigue vagando por las ruinas de Cuzco y alrededor de los subterráneos llamando a su hija... desde hace diez años. Que le digan a él que no la raptaron los indios para la ceremonia del "Interaymi".

—¡Pero si tú misma dices que está loco!...

—Perdió la razón al adquirir la certidumbre del horrible sacrificio. Pocos días antes de su desaparición en los subterráneos de Cuzco, María Cristina había recibido un extraño regalo, una

(1) He aquí lo que acerca de esto dice Paul Walle en su «Perú»:

«Los incas eran hombres prácticos, que ni durante sus diversiones o sus asambleas gustaban de ser sorprendidos por el enemigo. Y de esta misma plaza del Rodadero arrancaba un subterráneo que tenía varias salidas: una de ellas desembocaba en la colina fortificada; la otra, más larga, iba a parar al lugar que actualmente ocupa la iglesia de Santo Domingo, edificada sobre el templo del Sol, situado al otro extremo de la ciudad. Pero, estos subterráneos tan interesantes, que podrían constituir tan bello objeto de estudio, han sido obstruidos, tapiados por orden del gobierno, bajo el pretexto de que en ellos se habían extraviado muchas personas».

maciza y antigua pulsera de oro con un disco en el centro que representaba el Sol.

—Querida Inés, demasiado sabes que en este país los plateros nos aderezan el sol con toda clase de salsas.

—Sí, pero esta pulsera era “la verdadera”... la misma que, según parece, le habían enviado a Amelia...

—¡Ah! ¡Cómo inventas, Inés, cómo inventas! ¿Cómo quieres que con consejas como las tuyas se escriba la “Historia”?... ¡Sobre todo, mi querido huésped, no tome usted notas, se lo suplico!

—No invento nada, testarudo—replicó la anciana—. “Era la verdadera pulsera del Sol de oro”, la pulsera del sacrificio... la que desde la muerte del último rey inca, Atahualpa, quemado vivo por Pizarro, envían cada diez años los sacerdotes incas a aquella a quien eligen para esposa del Sol, y que debe ser emparedada viva... ¡No habló poco el pobre Orellana de la “pulsera del Sol de oro”!... ¡Toda la ciudad habló de ella!...

—Sí, sí, Inés, todo el mundo tiene la imaginación muy exaltada cuando se acerca el “Interaymi”!...—e inclinándose hacia Francisco Gaspar, añadió el marqués:

—No puede usted figurarse, querido huésped, lo que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología tenemos que luchar... para desembarazarnos de todas estas leyendas... Usted, que es un verdadero sabio...

—¡Oh! el sabio no debe desdeñar las leyendas—respondió el académico—, y le aseguro a usted

que, por mi parte, estoy muy satisfecho de mi viaje y contentísimo de hallarme en un país en el que aún está tan vivo su recuerdo...

En aquel momento entró un criado y se dirigió hacia María Teresa. Llevaba un cuaderno y una cajita.

—¡Un certificado!—dijo—. El cartero vino hace poco y le dije que volviese por la noche... ¡La señorita debe firmar aquí!

María Teresa firmó.

—¡Toma!—exclamó—; viene de Cajamarca... ¡Pues yo no conozco a nadie en Cajamarca! ¿Qué será?... ¿Permiten ustedes?...

Y rompió el bramante, los sellos y abrió la cajita de madera.

—¡Una pulsera!—exclamó riendo algo nerviosamente—. ¡Vaya una coincidencia rara!... ¡Palabra!... “¡la pulsera de la esposa del Sol”!...

Todos se levantaron, excepto las dos ancianas, a las que les faltaron las fuerzas. Todas las miradas se clavaron en el macizo aro de oro mate, con su disco figurando el sol, cuyos rayos parecían apagados, empañados por el polvo de muchos siglos.

—¡Ah, vaya una broma ingeniosa!—dijo riendo María Teresa.

—¡Caramba...!—exclamó el marqués, cuya voz parecía ligeramente alterada—; muy ingeniosa!... Es la venganza más bonita, por lo demás, y muy delicada, del bueno de Alonso de Cuéllar, cuya mano acabas de rehusar. Por eso me decía, con su triste y afectuosa sonrisa: “Me vengaré de la

Virgen del Sol..." ; Como no quieres casarte!... Pero, ¿por qué ponéis esa cara?—añadió volviéndose hacia las dos ancianas—. ¡Vaya, supongo que no iréis a poneros malas por una simple broma!

María Teresa hacía admirar la pulsera a Francisco Gaspar y a Raimundo.

—Papá, díle a don Alonso que acepto su regalo y que le llevaré como prueba de nuestra buena amistad... ¡Es preciosa!... ¡Ya no se hacen estas alhajas!... ¿Qué opina usted, monsieur Ozoux?

—¿Yo?—respondió Francisco Gaspar—, yo juraría que esa pulsera tiene cuatrocientos o quinientos años, por lo menos...

—Todavía suelen encontrarse estos tesoros en las excavaciones que se hacen alrededor de las tumbas reales, pero ya van escaseando... ¡No me chocaría que don Alonso hubiese ido a buscar esta pulsera a Cajamarca!—observó el marqués.

—¿En dónde está Cajamarca?—preguntó Raimundo.

—¡Joven ignorante!... —contestóle su tío—. Cajamarca es, sencillamente, la antigua Caxamarca de los Incas, la segunda capital de su imperio, en la época de Pizarro.

—¡Y la ciudad en donde su último rey fué quemado vivo!—murmuró la voz sofocada de la tía Inés.

Todos se precipitaron hacia ella, porque se había puesto mala. Fué necesario llevarla a sus habitaciones. La anciana Irene, más blanca que sus tocas, la siguió, trazando sobre su frente la señal de la cruz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¿QUIÉN HA ENVIADO LA PULSERA?

AL día siguiente de la llegada a Lima del tío Francisco Gaspar, se verificó su solemne recepción en la Sociedad de Geografía, cuya admirable labor y cuyos trabajos arqueológicos, estadísticos e hidrográficos (1) supo elogiar con una emoción compartida en breve por todos los presentes. Su triunfo fué enorme, y el genio francés fué, a su vez, celebrado en su persona. Pero el más satisfecho, el más orgulloso era Cristóbal, que se apropiaba parte de la gloria del académico Ozoux.

A la salida de esta sesión memorable, a la cual, como es natural, asistieron Raimundo y María Teresa, quien, a despecho de los lloriqueos de las dos ancianas, se había puesto su pulsera, el marqués se encontró a don Alonso de Cuéllar, mucho en extremo simpático.

(1) Esta Sociedad se ha encargado también de continuar la obra de Raimondi «El Perú», trabajo colosal en el que colaboran cuantos del Perú se ocupan.

—Querido—le dijo—, yo le creía a usted en Cajamarca.

Don Alonso abrió unos ojos como platos. No comprendía.

—¡Mire usted, Cuéllar... no finja usted asombro! No me enfadaré. Se ha vengado usted muy ingeniosamente de la negativa de María Teresa.

—¿Yo?...

—¡Vamos... la pulsera!...

—¿Qué pulsera?

En aquel momento María Teresa y Raimundo se reunieron al marqués. María Teresa había visto a su padre hablar, riendo, con don Alonso, y creyó que ya se había desvanecido el misterio de la pulsera.

—¡Gracias, amigo mío!—dijo tendiendo a don Alonso la mano en que lucía la maciza joya...—; como ve usted, la llevo en prenda de nuestra amistad.

—Pero yo no me hubiera permitido...—protestó el joven mirando alternativamente al marqués, a María Teresa y a Raimundo.

—¿Habla usted en serio? ¿No ha sido usted?...

—¡Se lo juro!... Pero, ¿qué quiere decir todo esto... y qué pulsera es esa?...

—¿No la conoce usted? Según parece, es “la pulsera del Sol de oro”, que los sacerdotes indios envían a la esposa del Sol en la fiesta decenal del “Interaymi”—contestó María Teresa sonriendo como una chiquilla traviesa, porque no le habían convencido del todo las protestas de aquel que había pedido en vano su mano—. Y como usted

es quien me ha puesto el nombre que todos me dan en Lima, supusimos que, a pesar de todo, quería usted mostrarse amable con la “Virgen del Sol”...

—¡Siento no haber pensado antes en eso!—suspiró don Alonso.—¡Hubiera sido, efectivamente una venganza muy bonita, histórica e ingeniosa! Y ya que se propone usted usarla, no me perdonaré nunca el no haber tenido la admirable idea de enviarle esa pulsera. El mérito de este rasgo corresponde, indudablemente, a alguno de esos desgraciados que han aspirado al mismo honor que yo y que no han sido más afortunados... Mire usted, aquí se acerca, precisamente, Pedro Ribera, triste y socarrón. ¡Palabra de honor! ¡Tiene cara de ser el autor de la broma!

Y le llamó. Pedro Ribera tampoco sabía de lo que le hablaban. Lo mismo que Cuéllar, se extasió ante la singular alhaja, y, lo mismo que él, lamentó no haberla enviado.

El marqués estaba ya algo violento y arrepentido de haber hablado de la pulsera a sus amigos. No podía pedirles, sin ponerse en ridículo, que guardasen silencio acerca de una aventura que, después de todo, no era muy desagradable, y sabía que, antes de dos horas, en los paseos, en las horchaterías, en los cafés, en la plaza Mayor, no se hablaría más que de la misteriosa pulsera de la Virgen del Sol. María Teresa comprendió perfectamente lo que sentía su padre.

—Oye, papá, ¡esta pulsera es ridícula! Que desaparezca hasta que el que nos ha dado esta pe-

queña sorpresa se tome el trabajo de darse a conocer... y no hablemos más de esto!...

Tras estas palabras se quitó la pulsera con un movimiento lleno de gracia y la guardó en su portamonedas.

—Se me ocurre una cosa—dijo Raimundo.—
¿Habrá sido Huáscar?

—¿Huáscar? ¿Por qué había de ser Huáscar?
—preguntó el marqués.

—¡Toma! como esta es una alhaja india antigua, y como no conozco más que a ese indio y sé que es muy adicto a su casa de usted, he pensado que tal vez no se le haya ocurrido cosa mejor que regalar a su hija de usted esta pulsera que se habrá encontrado y de la que no sabría qué hacer!...

—¡No hablemos más de ello!... ¡no hablemos más de ello!...—dijo María Teresa ruborizándose ligeramente—¡y ya sea Huáscar u otro cualquiera, nos importa poco!... Y, además, no debemos ser tan impacientes... Mañana o pasado se presentará en casa de regreso de la Sierra, algún amigo de papá que me dirá besándome la mano: “¿Qué: ¿no usa usted mi regalito?”

—¡Caramba! menester será que eso suceda un día u otro—dijo Raimundo con la mayor tranquilidad.

El marqués, que en el fondo estaba algo inquieto, notó inmediatamente aquella indiferencia de Raimundo. No le pareció natural.

—¡Apuesto a que ha sido usted!—exclamó radiante de alegría.

—¡Cómo!... ¿Yo?... acabo de llegar... ¿cómo quiere usted que haya sido yo?

—Puede usted haber comprado esa alhaja en Guayaquil y haberla expedido a un corresponsal francés de Cajamarca para que él la reexpidiese aquí... ¡sí, sí!... ¡ha querido usted anunciar su llegada!... ¡Debe usted haber leído la leyenda de “la pulsera del Sol de oro” en uno de los libros de su tío!...

—¡Papá, papá!... Monsieur Ozoux es un muchacho formal... un ingeniero que ha venido al Perú para tratar de agotar las minas de oro gracias a un nuevo sifón...

—¡Sí, sí! ya me has hablado de ese sifón. Pero eso no es un obstáculo para que haya enviado la pulsera.

—¿Con qué título, papá?...

—¡Con el título de novio, hija mía!...

Esta vez María Teresa enrojeció hasta las orejas y Raimundo tosió y sonrió como un tonto. El marqués contemplaba a ambos con insistencia y malicia.

—¡Vaya! ¡dí que no es cierto!... ¡si crees que no he adivinado!... ¿Me tomas por tonto?... demasiado sabía yo que habías dejado un pedacito de tu corazón en París, y sólo por convencerme de ello te he presentado tantos pretendientes. ¡Ah, monsieur Ozoux, le quiero a usted mucho!... ¡y es usted un mozo afortunado!...

—Caballero...—balbuceó el pobre Raimundo a quien se le saltaban las lágrimas—caballero... le aseguro a usted que nunca pensé... que nunca hubiera podido pensar...

—¡Calle usted!... Y ponga usted mismo a María Teresa la pulsera de sus esponsales...

—¡Y con qué alegría me la pondré esta vez!— exclamó la joven. Y, después de mirar en torno suyo para cerciorarse de que no había cerca ningún importuno, se arrojó al cuello de su padre, o mejor dicho, cogió a su padre en sus brazos, le besó tiernamente, le dejó en el suelo, se volvió hacia Raimundo y, abriendo su portamonedas delante del joven, le cuchicheó rápidamente al oído.

—Dí que la has enviado tú... ¿qué te importa?...

Raimundo, temblando, ajustó el aro de oro al brazo de María Teresa. Los oídos le zumbaban tan espantosamente, que le era imposible oír las palabras de triunfo del marqués, el cual estaba radiante de alegría porque había adivinado el secreto de los enamorados y el misterio de "la pulsera del Sol de oro"... Raimundo se contentaba con aprobar con un movimiento de cabeza todo lo que el otro decía.

—¡Ah! como se suele decir, añadió Cristóbal, puede usted jactarse de habernos tomado el pelo...

Y corrió en busca del tío Francisco Gaspar, al cual ofrecían un champagne de honor.

UN PARTIDO DE BOLOS CON CRÁNEOS

RAIMUNDO y María Teresa permanecieron solos unos instantes, durante los cuales se miraron amorosamente. Pero casi en el acto los volvió a la realidad el griterío entusiasta de toda la caterva geográfica. Los jóvenes se dejaron arrastrar por el alud.

—Pero, ¿qué dirá tu padre—preguntó Raimundo—cuando se dé a conocer el que ha enviado la pulsera?

—¡Bah! ¡nos perdonará! Te he hecho mentir para tranquilizarle... porque, en confianza, te diré que los cuentos de la tía Inés y de Irene le han impresionado un poco... Mi padre es un chiquillo. Le querremos mucho, ¿no es verdad?

Los carruajes oficiales, las carretelas, habían sido invadidas ya por los miembros de la Sociedad, que se disponían a visitar en compañía de Francisco Gaspar las últimas excavaciones incas de los alrededores de la ciudad, para dirigirse después, por el ferrocarril, a las excavaciones de Ancón. El marqués se había sentado frente al acadé-

mico y ambos estaban radiantes. María Teresa les saludó al pasar y les gritó que pronto irían a reunirse con ellos. En efecto, habían convenido en que aquella tarde se reunirían para comer y pasar la noche en la "villa" que el marqués poseía a orillas del mar, entre Lima y Ancón, lo cual permitiría a Francisco Gaspar abandonarse, desde el día siguiente por la mañana, a su pasión científica, porque aquella morada veraniega, atestada ya, como un museo, de los tesoros históricos arrancados últimamente a la tierra, se alzaba, precisamente, en medio de las ruinas.

Pero los dos jóvenes, menos aficionados a las cosas de los muertos que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología, se entretuvieron en Lima porque María Teresa quería enseñar a Raimundo a apreciarla y a amarla. Hasta después de dar un largo paseo por Amancaes no pensaron en reunirse con la comitiva. Partieron en automóvil por un camino infernal, amenazados ya por las sombras de la noche y perseguidos por siniestras bandadas de "gallinazos", esos buitres negros hambrientos, a los que, sin embargo, toleran y hasta respetan en las calles del Perú, porque el municipio sabe que contribuyen a la limpieza de la población.

El automóvil avanzaba por una llanura inmensa en la que se sucedían las haciendas y los "potreros", praderas en las que se crían caballos y que están separadas unas de otras por tapias, especie de cercas de tierra de un metro de altura sobre poco más o menos. Luego la llanura sólo

ofreció a la vista un arenal, vasta extensión lúgubre cubierta de huesos, de los esqueletos de aquellos desgraciados que los coleccionistas habían desenterrado dejándolos blanquear al sol.

—¡Qué alegre es este camino!—exclamó Raimundo.

María Teresa, sin cesar de dirigir lo mejor que podía su carruaje, señaló con la mano unos mestizos que habían dejado solos a los caballos en una hacienda para jugar una partida de bolos con unos cráneos soberbios: una tibia les servía de hito. (1)

Pronto llegaron a los alrededores de Ancón, en donde encontraron al marqués, a Francisco Gaspar y a todos los miembros de la Sociedad que se paseaban por las más importantes "huacas", cementerios indios del tiempo de los incas. Todo estaba lleno de oscuras cavidades. En cada una de ellas había dormido una momia a la que habían arrancado de su sueño milenario. Raimundo y María Teresa se apearon del auto, pero no se unieron a los grupos. Paseábanse solos, tristes, por entre aquellas ruinas fúnebres. Habían despedido al auto, que el "boy" condujo a su garage de Ancón.

—¿Por qué no dejar dormir en paz a los muertos cuando la vida es tan bella?—dijo la joven estrechando la mano de Raimundo.

Este la hizo sentarse en un montículo, al abrigo de todas las miradas; se arrodilló a su lado y

(1) Viaje al Perú de L. y J. Verbrughe.

le juró que la amaría toda su vida; se lo juró por todos los muertos que había en aquel paraje. Y en aquel sombrío cementerio unieron sus labios. El rumor de un discurso les volvió a recordar la muerte.

El presidente de la Sociedad, seguido de toda su gente, explicaba los trabajos conforme iba pasando por delante de las excavaciones más recientes.

—Paseando por esta necrópolis—decía—puede uno evocar la sombra de los incas y creerse por un instante entre ellos... He aquí una fosa de dos metros, en el fondo de la cual ha sido hallado un bulto cubierto de arena. Este bulto era el perro que sacrificaban sobre la tumba del amo y que debía acompañarle, como su mujer y sus servidores; el perro tenía aún al cuello la cuerda que había servido para extrangularle y las patas atadas. Después encontramos el cadáver de la esposa, que también tenía una cuerda al cuello y que debió ser extrangulada, lo mismo que el perro, tal vez porque no tendría valor para darse la muerte por su propia mano. Por último tuvimos la alegría de oír al obrero gritar: “¡Aquí está el muerto!” (1) porque, para los indios, todo cadáver que no sea el del amo no es digno de interés. Y pronto, en efecto, el mismo jefe—enorme envoltorio de telas—salía de la fosa y era depositado aquí, a mis pies. Desatamos las bandeletas y los paños en que estaba envuelto. Los paños y la momia se hallaban en un es-

(1) En castellano en el original.

tado de conservación maravilloso...; la piel se adhería aún a los huesos de la cara, y el jefe había conservado su cabellera y todos los dientes. ¡No hacían más los egipcios, señores!... (1)

En aquel momento promoviése cierto tumulto y corrió el rumor de que los obreros acababan de hacer un descubrimiento sensacional: el de tres jefes incas “con unas cabezas rarísimas”.

Los grupos volvieron sobre sus pasos y Raimundo y María Teresa, los siguieron. Y presenciaron una exhumación de momias verdaderamente fantástica.

En aquellas tumbas habían hallado, primero, saquitos llenos de maíz y de hojas de coca, y jarrros que habían debido contener chicha, en fin, todo lo necesario para el gran viaje. Luego, encontraron vasos de oro, ánforas de plata, copas, estatuillas, joyas; todo un tesoro que un azadonazo acababa de descubrir y que había sido depositado al borde de la fosa. Por último, las tres momias de los jefes fueron desenterradas o, mejor dicho, extraídas de entre la arena con mil

(1) M. Paul Walle, que ha visitado el Perú, dice en su libro: «Los viajeros van a Ancón para ver los cementerios subterráneos del período inca, enterrados bajo los montículos de arena. El espectáculo, aunque instructivo, no es agradable, y es preciso tener los nervios poco sensibles para contemplar sin horror ni repugnancia el espectáculo que ofrece el espacio inmenso en donde los incas habían construido su necrópolis.

»Por todas partes, al pie de los montículos, junto a las huacas destrozadas y vacías, se ven troncos de momias, cráneos provistos aún de sus cabelleras, brazos y piernas cubiertos de trozos de piel amarillenta y arrugada confundiendo con restos de vasijas y con telas hechas un puro jirón».

precauciones. Y un miembro de la Sociedad les descubrió el rostro... Fué un espectáculo casi aterrador...

Para comprender lo que Raimundo y María Teresa vieron, es preciso saber que los incas, como aún hacen, por lo demás, en nuestros días, los vascos de la montaña, "daban a los cráneos de las personas vivas la forma que querían". Los cráneos de los niños los deformaban por medio de tablitas unidas y atadas con cuerdas; ya daban al vértice de la cabeza la forma de un cono; ya le aplastaban para que el cráneo se desarrollase en sentido lateral; ya le convertían en una enorme calabaza, etc.... En la actualidad conocemos la razón de estas diferentes deformaciones. Los incas, no desconocieron las ciencias frenológicas, y, por precursores de Gall y de Spezhurn, trataban de desarrollar tal o cual cualidad guerrera o intelectual aumentando tal o cual parte del cerebro. Pero, se ha comprobado que sólo se permitía deformar las cabezas de los hijos de Inca, destinados a las más altas funciones. El pueblo estaba condenado a vivir con su cráneo y su cerebro ordinarios.

Como hemos dicho, aparecieron las cabezas de tres jefes: ¡qué aparición!

Una de aquellas cabezas, era cuneiforme, es decir, que se alargaba como un enorme "pilón de azúcar". Y resultaba verdaderamente repugnante aquella frente de pesadilla, de monstruo apocalíptico, rodeada de cabellos que parecían pertenecer a un vivo y que la brisa del mar agitaba

suavemente; la segunda cabeza estaba aplastada como un capacete, muy inclinada hacia atrás. La tercera parecía una verdadera caja cuadrada, "una maletita". (1)

(1) El doctor Morton habla de la existencia en América de cuatro deformaciones artificiales:

La cabeza cuneiforme (deformación occipito-frontal.)
La cabeza simétrica alargada (deformación frontosinopito-parietal.)

La cabeza irregularmente comprimida y dilatada.
«La cabeza cuadrangular».

El doctor Gorsse, por su parte añade otras doce.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

FANTASMAS EN UN BALCÓN

MARÍA Teresa retrocedió ante aquella espantosa visión, y a despecho de la curiosidad que su prometido manifestaba, le arrastró lejos de todas aquellas sepulturas violadas. De esta suerte llegaron a la playa que, en Ancón, es generalmente un lugar tranquilo y apacible. Las olas del Pacífico van a morir en ella en una calma absoluta. Las corrientes y la resaca son allí poco sensibles. Del mar emana una paz inmensa. Los limeños han convertido este puerto en un balneario de los más conocidos, pero que, en aquella estación, estaba aún desierto. María Teresa y Raimundo llegaron a la "villa" del marqués de la Torre al anochecer, impresionados todavía por las extrañas caras de los muertos que acababan de ver. En vano querían reír, en vano trataban de bromear. La brisa, que al ocultarse bruscamente el sol había empezado a soplar con mayor violencia, levantaba en la oscuridad blancos y ligeros remolinos de arena que, al girar en torno suyo, parecían otros tantos fantasmas que hubieran salido

del fondo de las "huacas" para echarles en cara su impiedad y sus sacrilegios. Aquellos muchachos no se asustaban fácilmente. Sin embargo, se alegraron mucho cuando, al llegar a las puertas de la "villa", se les acercó un enorme mayordomo, el criado de Cristóbal, un ser de carne y hueso, quien les dijo que el marqués y Francisco Gaspar habían llegado ya. Una criadita quichúa, llamada Concha, se arrojó a los pies de su ama con las demostraciones acostumbradas de amor y de adhesión, asegurándole que durante su ausencia estaba muerta y que sólo vivía verdaderamente en su presencia.

—Mira qué criadas tenemos aquí por ocho "soles" al mes—dijo María Teresa, completamente repuesta ya de sus emociones y solicitada por los detalles de la administración de la casa.—Y hay que tener en cuenta que esta chiquilla hace admirablemente el "puchero", un cocido criollo del que ya me hablarás, querido Raimundo.

—¡Ama!—dijo la criadita sonriendo complacida con sus enormes labios que le llegaban de oreja a oreja;—le he preparado el "locro" que tanto le gusta.

Aquella noche despacharon la cena en un momento porque todos estaban cansados, y Francisco Gaspar debía levantarse al amanecer. Raimundo y María Teresa se habían atracado prosaicamente de "locro", maíz cocido en agua azucarada con pedacitos de carne, aliñado con pimiento picante y rociado con "chicha", la bebida de rigor para todos estos platos populares, y cuan-

do se encontraron en el principal en el momento de separarse para dirigirse a sus habitaciones, pudieron recordar, riendo, su miedo de la playa, después de su huida de las "huacas". La mano de María Teresa no acertaba a separarse de la de Raimundo.

—¡Tenga muy buenas noches la Virgen del Sol!—dijo el joven, y depositó un beso precipitadamente en el disco del sol que brillaba en la muñeca de su novia.—Supongo que no dormirás con esa pulsera, que viene no se sabe de dónde, no se sabe de quién...

—Desde esta tarde la tengo cariño... y como tú has puesto en ella los labios, Raimundo, la conservaré... no quiero otra prenda de nuestra felicidad...

Y entró en su cuarto...

Aún no había cruzado el dintel cuando lanzó un grito terrible y salió, enloquecida, a la escalera.

—¡Allí están!... ¡Allí están!...—balbuceó dando muestras del mayor espanto.

—¿Quiénes?... ¿quiénes?—interrogó Raimundo, aterrado al verla en un estado tal de agitación y de excitación nerviosa. Daba diente con diente.

—¡"Los tres cráneos vivos"!...

—María Teresa, ¿pero te has vuelto loca?...

—Te digo que están ahí los tres, "los tres cráneos vivos están apoyados contra los cristales de mi balcón"... Me han mirado, al entrar en la alcoba, con unos ojos en los que han vuelto a brillar las pupilas. ¡Raimundo, Raimundo! ¡no, no, no entres... llama a papá!

El joven entró en la habitación, iluminada por la luz que aún vacilaba en las manos de María Teresa. Se dirigió a la galería, que daba por un lado a la plaza y por el otro a la llanura iluminada por la luna en que durante el día las sacrílegas piquetas habían profanado las moradas milenarias de los muertos... Y no vió nada que no fuese completamente normal. Volvióse hacia la joven, que, siempre temblando, se apoyaba en la puerta, y le dijo que indudablemente había sido víctima de una alucinación...

—Vamos, María Teresa, tú que eres tan sensata...

—¡Raimundo, te digo que los he visto!...

—Pero, ¿qué es lo que has visto?...

—Allí, en el balcón, detrás de los cristales... los tres cráneos de los tres jefes incas, los tres horribles cráneos que me miraban...

—¡Pero, María Teresa, vuelve en ti! Demasiado sabes que los hemos visto sacar de la fosa... Tal vez estén aún allí...; ¿cómo quieres que vengamos a pasearse por tu balcón?... ¿Crees en aparecidos, en fantasmas?...

—¡No, no!... ¡pero te juro que los tres hombres que he visto no estaban muertos, estaban vivos!

Raimundo, para tranquilizarla, se creyó obligado a lanzar una carcajada.

—¡No te rías!... ¡no te rías!... ¡Les he reconocido perfectamente! Estaban los tres: “el cráneo en forma de capacete, el que parecía un pilón de azúcar y el que figuraba una maletita”. ¡Exactamente,

exactamente!... ¿qué venían a hacer aquí?, ¿Podrías decírmelo?...

Cristóbal, atraído por el ruido que hacían los dos jóvenes, se burló del miedo infantil de María Teresa. El tío Francisco Gaspar se presentó también, con su gorro de algodón. Su aparición hizo reír a todos, excepto a María Teresa. Para que se tranquilizase fué preciso que el mayordomo diese la vuelta a la casa. Regresó sin haber visto nada sospechoso.

—Indudablemente los muertos de esta tarde te han trastornado, hija mía; sin embargo, te creía más animosa, dijo Cristóbal.

María Teresa no quiso dormir en su cuarto y se hizo preparar otro en el extremo opuesto de la “villa”. Entretanto, Raimundo conseguía calmarla. La joven comprendió al fin que la había impresionado, “que no había podido menos de impresionarla el fúnebre espectáculo de aquella tarde”... y al fin convino en que, efectivamente, los cráneos de los muertos no salen de las tumbas para pasearse por detrás de los balcones de las muchachas.

Reconocía que había estado ridícula, y se retiró con Raimundo al balcón del salón del piso principal para poder confesarle, a él, que la creía tan sensata, hasta qué punto estaba avergonzada de sí misma.

Aquel balcón daba al mar, cuyas olas, por aquella parte, venían a morir al pie de la “villa”. La inmensa paz del océano acabó por calmarla por completo. Y se quitó su pulsera tranquilamente.

—Tal vez sea esto lo que me tiene tan nerviosa —dijo.—La verdad es que antes de usar esta pulsera desconocida, nunca fui tan tonta que viese fantasmas en mis ventanas...

Y arrojó la pulsera al mar.

Raimundo no trató de impedirselo.

—¡Te aseguro que no me disgusta esta solución!—dijo.—Te regalaré un anillo, como hace en Francia cada hijo de vecino, y por lo menos sabremos de qué joyería procede!...

Todos se fueron a descansar. La noche transcurrió sin incidentes. Pero a eso de las siete de la mañana, un grito horrible, que resonó en el cuarto ocupado por María Teresa, obligó a Raimundo y a los criados a precipitarse en aquella dirección...

Penetraron en la habitación. María Teresa estaba sentada en la cama, jadeante, con la mirada extraviada. Contemplábase fijamente el brazo. María Teresa acababa de despertarse con "la pulsera del Sol de oro"!...

LIBRO SEGUNDO

LA EVOCACIÓN DEL PASADO

EL suceso era tan extraordinario, que Raimundo experimentó un terror casi tan grande como el de María Teresa. No sabía qué decir al ver el espanto de la joven. La víspera por la noche la había visto arrojar la pulsera al mar desde lo alto del balcón, ¡y he aquí que al despertar la infernal alhaja brillaba de nuevo en el brazo de su prometida!

¿No había motivo para que se preocupasen hasta los más escépticos?

Recordó, repentinamente, todas las consejas que le habían contado las dos ancianas, y en vano trataba de rechazar la idea de la cruel leyenda. Esta se aparecía ante ambos jóvenes en todo su horror.

En aquel momento, el marqués y Francisco Gaspar, atraídos por los gritos y la agitación de los criados, entraron en la alcoba. Vieron a los